

Per VÍCTOR FERNÁNDEZ

|| *Presentació de la taula rodona "Homenatge a Federico García Lorca" (Homenatge a Rafael Santos Torroella)*

**A**nte todo quiero señalar que no voy a hablar sino que voy a leer. Los que a veces escribimos y modestamente hacemos pública nuestra voz en revistas y en diarios, parafraseando a Lorca, "estamos acostumbrados a decir las cosas pronto y de una manera exacta, y parece que la oratoria es un género en el cual las ideas se diluyen tanto que sólo queda una música agradable, pero lo demás se lo lleva el tiempo".

Durante los primeros días de 1994, pude conocer, poco antes de su muerte, al gran galerista y marchante Salvador Riera en su local de Dau al Set. Precisamente yo estaba allí porque seguía la pista de unos dibujos de Lorca y alguien me había comentado que él podría aclararme algún punto oscuro. Tuvimos una larga entrevista y, aparte del de Lorca, salió el nombre de Rafael Santos Torroella por ser amigo común de ambos. Recuerdo que me aconsejó Riera, casi textualmente, que "deberías llevar una grabadora escondida y registrar todo cuanto dice ya que sabe mucho y es una pena que todo eso se pierda".

No se pierde. Hay una obra escrita fabulosa de la que nos podemos beneficiar todos los que sentimos curiosidad por nuestra historia artística más reciente. Yo quiero llevar mis palabras por la contribución de Rafael Santos Torroella a los estudios lorquianos. El mejor prólogo a esto lo constituye la amistad del joven Santos Torroella con Federico García Lorca.

Cuando tiene lugar el encuentro entre el poeta y su futuro estudioso, el primero acaba de volver de Nueva York y está superando el fantasma de una depresión provocada por su distanciamiento (no ruptura) con Salvador Dalí y por el debate que tiene sobre el camino que ha de coger su obra: el del seguidor de Góngora y Juan Ramón (*Romancero gitano*) o el de aquel que se va introduciendo en el Surrealismo (*Poeta en Nueva York*). Rafael Santos Torroella, por el contrario, es un joven estudiante. Lorca había llegado el 6 de diciembre de 1930 a San Sebastián, acompañado del escultor Emilio Aladrén (sustituto de Dalí en el corazón del granadino), para leer su conferencia "La arquitectura del cante jondo".

Dos años después, en la primavera de 1932, el adolescente Santos Torroella, estudiante de Derecho en Valladolid y delegado de la F.U.E., es el encargado de recibir a La Barraca, el grupo teatral estudiantil dirigido por Lorca y el no siempre suficientemente reivindicado Eduardo Ugarte. La joven

compañía pone en escena los cervantinos entremeses *Los dos habladores* y *La guardia cuidadosa*. Posteriormente, al acabar los ensayos, Santos acompaña a Federico por el Campo Grande. La conversación gira alrededor de, ¡cómo no!, la poesía y Rubén Darío. Veamos qué escribió el propio crítico de arte sobre aquel día casi sesenta años después:

*Federico se puso a hablarme de poesía, y no sé por qué, el tema giró en torno a Rubén Darío. Me sorprendió, y hasta llegué a decirle que sí, que Darío estaba bien, pero que a veces era de una cursilería insoportable.*

*— No, no —me replicó él enseguida—, lo que estás diciendo es una barbaridad: Rubén es un grandísimo poeta, uno de los mayores de nuestro tiempo en lengua castellana..., por eso le debemos tanto todos: desde los Machado a Juan Ramón, y... hasta yo mismo.*

*Tuve, claro, que batirme en retirada, renunciando a recordarle la famosa sonatina: "La princesa está triste... ¿Qué tendrá la princesa?" y aquel pareado en verdad imbebible, de: "Oh, quién fuera hipsipila que dejó la crisálida!"*

*— Sí, todo eso es pura marquetería decorativa, como tan cabalmente disculpable. Pero...*

*(Y en aquel momento estábamos pasando ante el lago o el estanque de los cisnes).*

*— Pero no olvides versos de Rubén tan hermosos como aquellos que dedicó al cisne y a la muda interrogación de su cuello casi enarbolada por él como una abierta bandera:*

*"¿Qué signo haces, oh Cisne, con tu encorvado  
cuello al paso de los tristes y errantes  
soñadores?*

*¿Por qué tan silencioso de ser blanco y ser bello,  
tiránico a las aguas e impasible a las flores?"*

En 1935, durante la estancia de Lorca en Barcelona, vuelven a reencontrarse gracias al pintor Emili Grau Sala, autor del cartel de *Doña Rosita la soltera o el lenguaje de las flores*. El último día en que ambos amigos se ven se convierte en una sorpresa para Santos Torroella. Son ya las primeras horas de la madrugada y un Lorca serio, triste y solitario sube por el Paseo de Gracia. Se le acaba de marchar su amante, Rafael Rodríguez Rapún, secretario de La Barraca y destinatario de los *Sonetos del amor oscuro*. Un simple "¡adiós, Rafael!" dicho por aquel al que definió Vicente Aleixandre como "capaz de toda la alegría del Universo; pero su sima profunda, como la de todo gran poeta, no era la de la alegría" pone punto y final a la amistad entre Lorca y el futuro crítico de arte.

Si hasta aquí hemos visto los lazos de afecto entre los dos protagonistas de nuestra mesa redonda, creo que es el momento en que dirijamos nuestro discurso hacia las contribuciones de Rafael Santos Torroella a los estudios lorquianos.

Sin ninguna duda, una de las cimas culturales más importantes de los iniciales años del franquismo en Barcelona es la creación de *Cobalto*, revis-

ta y colección de libros dirigidos por Santos Torroella. Esta editorial publicó varias monografías artísticas de gran calidad como *Miró*, de Juan Eduardo Cirlot (la primera escrita en castellano sobre el padre de *La masía* o *El carnaval del arlequín*) o *Dalí*, de Oriol Anguera. Creo no equivocarme al afirmar que el primer libro sobre Lorca que ve la luz en España después del final de la guerra es el que imprime *Cobalto* en abril de 1950, a pesar de las trabas puestas por la censura. Se trata de un pequeño librito de 98 páginas, pero enriquecido con un prólogo de Sebastià Gasch, dibujos y fotografías inéditas. Titulado *Cartas a sus amigos* es la inaugural recopilación del disperso epistolario lorquiano. Por primera vez, desde el asesinato de García Lorca, se hacen públicas las cartas dirigidas a Anna Maria Dalí (hoy guardadas en la Casa-Museo de Fuente Vaqueros, Granada), Àngel Ferrant, Gasch, Juan Guerrero Ruiz (quien también aporta las dos versiones del poema del ciclo neoyorquino *Pequeña canción China*) o Guillermo de Torre. Éste último, crítico literario y responsable de una primeriza y ejemplar edición de las obras completas de Lorca, escribe en 1949 ó 1950 a Jorge Guillén pidiéndole su colaboración. Vale la pena reproducir los comentarios recibidos por Guillén:

*Le mando una [copia de una carta de Federico]. No es que la haya mandado hacer para Vd., es que la tenía hecha para complacer a un joven amigo de Barcelona, Rafael Santos Torroella. Éste me había pedido copias de todas las cartas que yo conservo de Federico (despertada su curiosidad por un artículo que publiqué hace tiempo en una revista argentina, donde hablaba de ellas), para unir las en un tomo que tiene en prensa, recogiendo las que dirigió a Sebastián Gasch. En realidad, somos nosotros, la Editorial Losada, quien debiera hacer esa publicación, como concesionarios de los derechos, pero desde aquí es más difícil reunir tal material. ¿Por qué no escribe Vd. a Santos Torroella, quien piensa continuar en otro volumen, remitiéndole copias de las que usted tiene? Parece una excelentísima persona, es hermano de la pintora Ángeles Santos, y creo que está entre los nuestros, entre los inmunes y no fanatizados.*

Sobre la relación entre Salvador Dalí y Federico García Lorca creo que es donde se puede encontrar lo fundamental de los trabajos de Santos. Ha estudiado con indudable acierto la llamada época lorquiana de Dalí en el libro, desgraciadamente poco difundido, *La miel es más dulce que la sangre. Las épocas lorquiana y freudiana de Salvador Dalí*. En ella podemos ver como va repitiéndose la imagen del poeta en muchos óleos y dibujos tan conocidos como la *Academia neocubista* o *Invitación al sueño*. Paralelo a ello es la edición en la desaparecida revista *Poesía* de las cartas enviadas por el pintor catalán a su amigo andaluz, herramienta indispensable para todo aquel que quiera acercarse a la compleja amistad.

La última gran aportación de nuestro homenajeado es su trilogía sobre Dalí y la "Resi". Formada por los títulos *Dalí residente*, *Dalí. Época de Madrid* y *"Los putrefactos" de Dalí y Lorca. Historia y antología de un libro que no pudo ser*, yo destacaría de ellos la difusión del epistolario completo de Federico y Pepín Bello, el famoso compañero del grupo, la ordenación del proyec-

tado libro sobre los "putrefactos" y, sobre todo, dos cartas del poeta a Salvador Dalí, una de ellas, referida al tema de San Sebastián, de una gran belleza.

En alguna ocasión he dicho que casi todo cuanto sé sobre Lorca y Dalí se lo debo a Santos Torroella. Las largas conversaciones que hemos mantenido ambos en su casa de la calle Muntaner, con la presencia de su esposa, Maite, han sido para mí equiparables a la asistencia a clases magistrales en una universidad imaginaria. Por todo ello, sobre todo por su franca y grata amistad, únicamente se me ocurre el agradecersele. ¡Gracias, don Rafael!